

Gilles Paris

LA VIDA *de*  
CALABACÍN

La novela que ha inspirado la mejor película  
de animación del cine europeo

*Traducción:*

ROSA ALAPONT

 BOLSILLO  
young

«**M**e enamoré perdidamente del libro de Gilles Paris *La vida de Calabacín*, un *coming-of-age* tierno y poético. La historia y su tono me transportaron a mi infancia y me recordaron mis primeras y emocionantes salidas al cine donde veía *Los 400 golpes*, *Remi*, *el niño de nadie*, *Belle and Sebastian*, *Heidi* e incluso *Bambi*. Con esta adaptación para una película de animación, quería compartir con el público de hoy en día esas maravillosas y formativas emociones que educaron y dieron forma a mi vida.

Pero mi película es también, y sobre todo, un hogar para todos los niños maltratados que intentan sobrevivir día a día. Calabacín, nuestro héroe, ha pasado por multitud de dificultades y, tras perder a su madre, siente que está solo en el mundo. Pero en su nueva vida en el hogar de acogida esto cambiará: tendrá un grupo de amigos en los que de verdad puede confiar, se enamorará, y por qué no, llegará a ser feliz. Aún tiene muchas cosas que aprender en la vida. Este mensaje, simple y profundo a la vez, me parece esencial para transmitir a nuestros niños. El deseo de compartir este mensaje fue lo que me llevó a dirigir esta película.

Quería adaptar el libro de Gilles Paris con la intención de hacer una película sobre niños que se dirigiera a niños maltratados como ayuda a los abusos que sufren día a día, una película de entretenimiento que hiciera reír y llorar, pero sobre todo una película firmemente comprometida

que pasa aquí y ahora y te habla sobre la fuerza de adaptación entre un grupo de amigos. Una película que abogara por la empatía, la camaradería, la tolerancia y la complicidad.»

**CLAUDE BARRAS,**  
director de la película *La vida de Calabacín*

## Nota del autor

**D**eseo dar las gracias a Jacqueline Vialatte, directora de Pressoirs du Roy, así como a los educadores y la psicóloga de dicha casa de acogida, por los valiosos consejos aportados durante la escritura de esta novela.

Gracias asimismo a Pascal Lagarde, el maestro de Forges, y a Marie-Anne Baulon, juez de menores en Bobigny.

Que no intenten reconocerse en *La vida de Calabacín*: la ficción resulta engañosa.

Por otra parte, si bien me he inspirado en Pressoirs du Roy y en el colegio de Forges, si bien he respetado cierta realidad factual y legal, el imaginario del autor ha hecho el resto.

Que me perdonen, por consiguiente, ciertas libertades...

**D**esde que era muy pequeño he deseado matar al cielo a causa de mamá, que suele decirme:

–El cielo, Calabacín mío, es grande para recordarnos que no somos gran cosa bajo su capa.

»La vida se parece, en peor, a todo ese gris del cielo, con su porquería de nubes que solo mean desgracias.

»Todos los hombres tienen la cabeza en las nubes. Que se queden allí, pues, como el estúpido de tu padre, que se fue a dar la vuelta al mundo con una pelandusca más puta que las gallinas.

¿**U**na gallina pelandusca? Debe de ser una medio pelona. La verdad es que a veces mamá dice cosas absurdas.

Yo era demasiado pequeño cuando mi papá se fue, pero no veo por qué habría de llevarse una pelandusca del vecino para dar la vuelta al mundo. Las gallinas son tontas: se beben la cerveza que les mezclo con el grano y después hacen esos hasta la pared antes de desplomarse.

Y no es culpa suya si mamá cuenta semejantes disparates. Es por todas las cervezas que se toma mientras ve la tele.

Y protesta contra el cielo y me atiza cuando ni siquiera he hecho ninguna estupidez.

Y acabo por decirme que el cielo y los golpes siempre van juntos.

Si mato al cielo, eso calmará a mamá y podré ver la tele tranquilo sin llevarme la paliza del siglo.

Hoy es miércoles.

La maestra dice que es «el domingo de los niños».

Yo prefiero ir al cole. Mamá se dedica a ver la tele y tengo ganas de jugar a las canicas con Grégory, pero Grégory vive lejos y ya no puede dormir en casa desde que nuestras mamás se pelearon a causa del balón y la ventana rota. Mamá dijo al teléfono que Grégory era «un golfo» antes de colgar con un «sucia puta» debido a que la señora gritaba «siempre es mejor que una alcohólica».

Le digo a mamá «ven a jugar conmigo a las canicas» y mamá dice a la tele «cuidado, está detrás de ti, te va a matar», entonces insisto y mamá habla a la tele, «es un auténtico gilipollas el pobre», y no sé si el gilipollas soy yo o el señor al que acaban de cargarse pese a que mamá le ha avisado.

Subo a mi habitación y miro por la ventana al hijo del vecino, que nunca necesita a nadie para divertirse. Se monta en un cerdo como si fuese un burro y se ríe solo. Yo me siento triste, así que voy al cuarto de mamá, con la cama sin hacer y la ropa por el suelo, y hago su cama y necesito una silla para poner sus cosas junto a la montaña del cesto de la ropa sucia y luego ya no sé qué hacer. Entonces hurgo en un cajón de la cómoda, bajo la pila de camisas por planchar, y encuentro un revólver.

Estoy supercontento, me digo «voy a jugar con él en el jardín». Salgo, como quien no quiere la cosa, con el revólver oculto en el pantalón.

De todas formas, mamá no me mira y dice a la tele «¡esa chica no es para ti, chaval!».

Una vez fuera no necesito apuntar. El cielo es grande.

Disparo una vez y el revólver me hace caer al suelo.

Me levanto y disparo una segunda vez y vuelvo a caerme.

Mamá sale de la casa. Cojea a causa de su pierna mala y chilla «¿qué es ese escándalo?» y me ve con el revólver en la mano y me grita «¡pero qué le habré hecho al buen Dios para tener un Calabacín semejante! ¡Eres digno hijo de tu padre! Dame eso, tonto del haba».

Y trata de quitarme el revólver de las manos.

Yo digo «pero si todo esto es por ti, no quiero que sigas gritándome» y no suelto el revólver y mamá cae hacia atrás.

Chilla «¡qué putada!» mientras se sujeta la pierna mala y le digo «¿te has hecho daño?» y ella me da una patada con la otra pierna, la que da brincos, y me grita «dame eso inmediatamente, no te lo diré dos veces» y yo digo «pues es la segunda vez que me lo dices» y no le doy el revólver y ella me muerde la mano y yo lo sujeto con fuerza por donde puedo y suena el disparo y mamá cae hacia atrás.

**M**e quedo mucho rato tumbado en la hierba mirando las nubes.

Busco la cabeza de mi padre para que me diga qué debo hacer.

No he matado al cielo.

Lo único que he hecho ha sido reventar las nubes que solo mean desgracias, o bien es papá que me envía lágrimas para limpiar la sangre de la bata de mamá.

Al principio creo que duerme o que finge hacerlo para gastarme una broma, aunque no sea el tipo de persona que gasta bromas, sobre todo desde el accidente.

La sacudo un poco.

Parece una muñeca de trapo completamente fofa y tiene los ojos desmesuradamente abiertos. Pienso en las películas policíacas donde montones de mujeres consiguen que las maten y después parecen muñecas de trapo completamente fofas y me digo «eso es: he matado a mamá».

En esas películas nunca se sabe qué pasa con las muñecas de trapo, así que espero y llega la noche y tengo superhambre y entro en casa para comer una rebanada de pan con mayonesa y después ya no me atrevo a salir.

Pienso en los muertos vivientes que se levantan y te dan miedo con hachas y con ojos que cuelgan.

Y subo al desván, donde estoy seguro de que mamá no vendrá a buscarme debido a su pierna completamente rígida.

Me como las manzanas: no tengo valor para jugar al fútbol con ellas.

Y me duermo.

Cuando abro los ojos, hay mucho ruido en la casa y tengo miedo de los muertos vivientes y de las muñecas de trapo completamente fofas que me llaman por mi nombre.

Nadie me llama ya Icare aparte de la maestra.

Para todo el mundo soy Calabacín.

Y luego la puerta del desván se abre y se asoma un señor que no conozco y no parece un muerto viviente, pero a veces esas criaturas son muy astutas, se disfrazan de seres humanos como en *Los invasores*, así que le lanzo todas las manzanas que tengo a mano y el señor cae al suelo.

Después reconozco al hijo del vecino, que aparece de sopetón con un montón de gendarmes.

Uno de ellos dice «cuidado con las manzanas» mientras resbala con ellas y al mismo tiempo el hijo del vecino se asoma por encima del señor y me grita «¡has matado a mi papá!» y otro gendarme dice «no, no, tu papá solo se ha dado un porrazo» y el papá se levanta y todo ese pequeño mundo se acerca a mí y yo me digo «es el final de la película».

Oculto la cara entre las manos y espero la paliza del siglo y siento cómo me acarician la cabeza y separo los dedos y el papá está sentado sobre sus talones muy cerca de mí y me dice «¿has visto al hombre que ha hecho eso, chico?».

Todos los gendarmes me miran y el hijo del vecino también.

Todos esos ojos clavados en mí me dan un poco de miedo y me echo a temblar y oigo una fuerte voz que dice

«dejadme solo con el muchacho, ¿no veis que está aterro-  
rizado?».

Todos se marchan, salvo el gendarme de la voz fuerte, que se sienta en el suelo tras apartar las manzanas con la mano.

Una gran barriga muy blanca sobresale de su camisa.

—¿Qué edad tienes, Icare?

Cuento con los dedos como mi maestra me ha enseñado y digo «nueve años».

Se saca una libretita del bolsillo y escribe algo en ella. Luego su recia voz se suaviza y me pregunta qué ha ocurrido y le hablo de los muertos vivientes y de las muñecas de trapo completamente fofas y de los invasores que se disfrazan de seres humanos.

El gendarme se rasca la cabeza tras levantarse la gorra y me dice que se llama Raymond y que puedo llamarle así.

—De acuerdo —respondo—, pero tú llámame Calabacín.

No dice nada, y luego, muy bajito (tan bajito que he de pedirle que repita la pregunta), «¿y lo de tu mamá cómo ha ocurrido?».

—Ah, eso es a causa del cielo.

El gendarme se mira los zapatos manchados de barro y dice con voz rara «¿el cielo?».

Entonces hablo de mi papá, que tiene la cabeza en las nubes, y de su Peugeot 404, que fue a saludar al viejo roble y le rompió la pierna a mamá, y del señor que enviaba dinero todos los meses para los alimentos y las camisas de mi talla.

—¿Y tu papá dónde está? —pregunta Raymond.

—Mi papá se fue a dar la vuelta al mundo con una pe-  
landusca.

—Pobre criatura —dice el gendarme acariciándome la cabeza, y se me hace muy raro toda esa gente que me acaricia

la cabeza y retrocedo un poco—. ¿Y tu mamá era amable contigo? —pregunta, apartándose la gorra, y tiene el pelo todo pegado debajo y se ve la marca de la gorra en la frente.

—Bueno, sí, hace un buen puré y a veces nos reímos.

—¿Y cuándo no os reís?

Me paro a pensar y digo «¿cuando subo al desván?».

—Sí, cuando subes al desván.

—Eso es porque he hecho alguna trastada y no quiero recibir la paliza del siglo y tener que frotarme la mejilla para borrar sus dedos, y con su pierna completamente rígida no hay peligro.

—¿Y cuál fue tu última trastada?

—Esto... Mi última trastada creo que fue ayer, cuando jugué con el revólver.

—El revólver no es un juguete, pequeño.

—Yo no quería jugar a las canicas solo y mamá veía la tele y Grégory ya no viene a casa, entonces no tenía otra cosa que hacer, ni siquiera sé hablar a los cerdos como el hijo del vecino.

—Bien, bien, ¿y ese revólver dónde estaba? —me pregunta Raymond rascándose la cabeza, y pienso que tal vez tenga piojos o algo así.

—En la habitación de mamá.

—¿Y tu madre te dejaba tenerlo a menudo?

—No, ni siquiera sabía que tenía uno. —No me atrevo a decir que registré un poco.

Raymond mordisquea su lápiz como si fuera una brizna de hierba.

—¿Y luego qué pasó?

—Pues salí fuera con el revólver y jugué con él.

—No es un juguete.

—Ya lo has dicho, señor. Si hubieras estado aquí, habríamos podido jugar a las canicas.

–Llámame Raymond, ya te lo he dicho. Bien, entonces ese revólver... ¿Disparaste con él?

–Sí, quería matar al cielo.

–¿Matar al cielo?

–Pues sí, al cielo, a causa de las nubes que solo mean desgracias y después mamá bebe mucha cerveza y grita todo el rato y me da bofetadas o me pega en el culo, y sus dedos se quedan mucho rato marcados en mis mejillas o mis nalgas.

–¿Tu mamá te pegaba?

–En principio solo cuando hago alguna trastada, pero a veces es como sus gritos, por nada, y yo subo al desván y duermo con las manzanas.

Raymond anota no sé qué en su libretita y saca un poco la lengua, y eso me hace reír.

–¿Qué te divierte tanto, muchachito? –me pregunta la fuerte voz de Raymond.

–Sacas la lengua como el gordo Marcel cuando copia los renglones de la maestra.

El gendarme sonrío y vuelve a rascarse la cabeza y le pregunto si tiene piojos y me responde como si fuera sordo «¿y a tu mamá también le disparaste?».

–No lo hice adrede, quería quitarme el revólver, estaba muy enfadada, dijo que era un idiota como mi papá, y el disparo salió solo.

No intento tragarme las lágrimas que me cosquillean la garganta desde hace un rato. Salen de mis ojos y ya no veo nada.

–Vamos, ya ha pasado todo, pequeño, cálmate, toma mi pañuelo.

Me froto los ojos con el pañuelo y como tengo la nariz tapada me sueño con él.

–¿Tienes familia, pequeño?

—No, no tengo a nadie aparte de mamá.

Y le devuelvo su pañuelo, que se guarda en el bolsillo.

—Bien, vas a venir conmigo a la comisaría y llamaremos al juez.

—¿El juez es el señor que golpea con un martillo y que envía a los malos a la cárcel?

—Tú no eres un malo, criatura, y eres demasiado joven para ir a la cárcel. El juez te enviará a una casa donde hay niños como tú.

—¿Y mamá viene también?

Raymond se rasca la cabeza y dice «tu mamá estará siempre en tu corazón o en tu cabeza, pero ahora se ha ido».

—¿Se ha ido a la ciudad?

—No, pequeño, al cielo, con los ángeles.

—No —replico—. No está con los ángeles, está con papá.

Cuando entramos en la comisaría un gendarme dice sonriendo «vaya, Raymond, ¿te has agenciado un compañero de equipo?», y Raymond le mira y el gendarme se mira los zapatos.

Me siento en su despacho y el gendarme, que ya no se ríe, me trae un vaso de chocolate y se queda conmigo mientras Raymond telefona en el despacho de al lado, y me pregunta qué he hecho para estar allí y digo que he fallado el tiro al cielo con mi revólver, pero no a mamá, y el gendarme se queda con la boca abierta hasta que regresa Raymond.

—¡Dugommier, la boca, ten cuidado! Las moscas podrían colarse en ella. Más vale que vayas a buscarme un café.

Luego, volviéndose hacia mí, «bien, pequeño, he hablado con el juez y voy a llevarte cerca de Fontainebleau, a un hogar para niños que dispone de plazas; ya verás al juez más tarde».

—¿Qué es un hogar?

—Es una casa grande con montones de niños y educadores para ocuparse de ti.

—¿Qué es un ducador?

—Un educador es un señor o una señora que va a ocuparse de ti.

—¿Y dan azotainas los *ducadores*?

—No, y tampoco gritan, salvo si les haces la vida imposible, pero no parece que seas un mal chico.

Siento cómo la garganta me hace cosquillas y me trago las lágrimas.

Columpio las piernas en la silla demasiado alta y sujeto el vaso de plástico todavía caliente entre mis manos y me hace bien ese calorcillo en mis dedos y también la voz de ese gordo bonachón, que se sienta frente a mí, a horcajadas sobre la silla.

Raymond no va bien afeitado, y tiene un montón de pelos en el cuello y le salen otros de las orejas. Transpira debajo de los brazos, en la frente y justo encima de los labios, hasta el punto de que a veces se traga las gotitas sin prestar atención.

—¿Te quedarás conmigo en la casa grande? —le pregunto bajito.

—No, Icare, no puedo.

—Bien, ¿cuándo nos vamos?

—Nos vamos ahora —dice Raymond levantándose.

Y llama a Dugommier, que hace rato que nos mira desde el despacho de al lado.

—Ocupate del asunto Merlin, volveré a media tarde.

Y Dugommier me pregunta si quiero otro chocolate y digo «sí» y Raymond «no hay tiempo» y yo lloriqueo y Raymond va a buscar el chocolate.

Me lo tomo a sorbitos con las lágrimas que caen dentro y luego nos vamos.

En la autopista, Raymond pone la radio y Céline Dion canta y pienso en mamá, que entona esa canción cuando pone las flores silvestres en el jarrón. Mi barriga habla sola y digo «tengo hambre».

Nos paramos en un McDonald's y me tomo una *cheese-burger* y una coca-cola, y Raymond también.

—No te preocupes, pequeño, todo irá bien—dice Raymond.

Y eructo a causa de la coca-cola y eso hace reír a Raymond.

—¿Sabes?—digo al amable gendarme—, también tú puedes llamarme Calabacín. Te lo he dicho hace un rato, pero no me has oído. Solo la maestra me llama Icare, y a veces miro hacia otro lado como si se dirigiera a algún otro.

—¿Así es como te llamaba tu mamá?

—Sí, y todos mis amigos.

Seguimos por la autopista y miro los árboles y las casas y Raymond se mira en los espejitos al adelantar a otros coches que circulan todavía menos deprisa, y luego el del gendarme sale de la autopista para ir por las carreteritas rurales.

Pasamos por debajo de un puente y veo un río y Raymond reduce la velocidad y dice «ya no estamos muy lejos».

Miro el agua gris cuando dice «hemos llegado, pequeño. ¡Menuda chabola! Aquí estarás como pez en el agua».

Y sale del coche con mi maleta y yo me quedo porque no tengo ganas de estar como pez en el agua.

La chabola es un castillo como en las películas.

Una señora de pelo blanco y vestido rojo baja los escalones y habla con el gendarme, que sigue sosteniendo mi maleta, y me miran y se acercan al coche.

La señora de rojo inclina la cabeza y dice sonriendo «ven, Icare, voy a enseñarte tu nueva casa» y me despego del asiento y salgo del coche y solo miro la gravilla.

—Me llamo señora Papineau—dice la señora de pelo blanco—. Pero puedes llamarme Geneviève.

Sigo sin moverme.

Oigo la fuerte voz de Raymond, «saluda a la señora, Calabacín», y digo «hola» a las piedrecitas mientras pienso

que es divertido toda esa gente que quiere que la llames por su nombre cuando no la conoces.

–Bueno, me voy –dice el gendarme–. Mis tareas no acaban aquí, me espera trabajo.

Y deposita la maleta en los peldaños de la escalinata y me levanta la cara con el dedo.

–Pórtate bien, Calabacín.

Y me acaricia la cabeza y yo me dejo hacer antes de decir «¡no te vayas, Raymond!» y cojo su gruesa mano con la mía y me la llevo a la cara.

–Vendré a verte pronto, pequeño –dice el gendarme retirando lentamente la mano de mi cara y metiéndosela en el bolsillo como si quisiera llevarse mi caricia con él.

Luego me besa en la frente y poniéndose de pie dice «qué desgracia estas historias» y se sube al coche.

–Sé buen chico. Hasta la vista, señora.

La señora de las gafas dice «hasta la vista, señor, y gracias».

Y el coche con borla azul se va marcha atrás.

Y la garganta me hace cosquillas.

Y la señora agarra la maleta y se vuelve hacia mí.

–Ven, Icare, debes de tener hambre.

Y digo «no» y ella me pone la mano en el hombro y subimos la escalinata.

**P**ronto hará tres meses que Ahmed se hace pipí en la cama y que todas las mañanas pregunta a Rosy si su papá va a venir a verle.

Simon, que siempre está al corriente de todo, dice que el papá de Ahmed vendrá el día que se escape de la cárcel y Rosy le dirige una de sus miradas y Simon abomba el torso y pide a Rosy que le ate los cordones de las bambas, que siempre lleva desatados.

Rosy dice «conmigo no hace falta que te hagas el gallito».

Ahmed, Simon y yo compartimos la misma habitación.

**L**a primera noche, Simon me dijo que me quedaría allí al menos tres años y que me convenía untarle las tostadas por la mañana y que si no lo hacía me haría la vida imposible.

Simon es así, le encanta hacerse el gallito, amenazar a los demás, pero si le levantas un poco la voz, deja de dárse las de listo.

La primera mañana unté de mantequilla la tostada y se la aplasté en la nariz y él me tiró del pelo y yo también y Rosy nos separó con su mirada terrible, «aquí ni hablar de eso, o seréis castigados los dos», y Ahmed lloró porque siempre tiene la impresión de haber hecho alguna trastada y a veces Simon y yo nos aprovechamos y lo señalamos con el dedo incluso cuando no ha sido él.

Desde lo de la tostada, Simon ya no me incordia y a veces le hago un doble nudo en las bambas como mamá me enseñó a hacer y por la noche es Rosy quien tiene que deshacerlo, porque Simon, si pudiera, dormiría con sus bambas en lo que entre nosotros llama «la prisión».

Nosotros lo llamamos «el hogar» y la señora Papineau, la directora, no está contenta cuando nos oye decir eso.

Ella prefiere «casa de acogida» o «Les Fontaines».

Cuando hacemos alguna trastada, nos castigan.

Lo llaman «un trabajo de interés general».

Debemos recoger las hojas secas bajo los árboles o doblar la ropa, y la «gran sanción» consiste en limpiar la barandilla llena de polvo a lo largo de dos pisos.

Por la mañana nos despiertan a las siete los besos de Rosy, que nos deja dormir cinco minutos más en la oscuridad y luego enciende la luz y nos vestimos en silencio con la ropa preparada la víspera para no despertar a los más pequeños, que duermen media hora más que nosotros. Cambia las sábanas a Ahmed, que lloriquea, y después tomamos el desayuno en nuestra cocina, donde todo está ya preparado. Huele a chocolate y pan tostado, y solo tenemos que untarlo con la mantequilla y la mermelada.

Julien, un rubio rechoncho al que llaman *Jujube*, toma cereales en un gran tazón de leche porque su mamá escribió «es bueno para la salud» en una postal que envió desde Perú. Desde entonces ya no envía nada, y Jujube se pasea siempre con la postal y unas galletas en el bolsillo, una postal completamente hecha polvo, llena de manchas, en la que ya no se lee nada.

Simon dice que Perú es bueno para la salud de la mamá de Jujube, pero no para la de Jujube, que acude con frecuencia a la enfermería por dolor de barriga o de cabeza o por angustia, y a veces Rosy le pone un esparadrapo alrededor del dedo y Jujube se siente mucho mejor y nos enseña su dedo enfermo, que no tiene nada en absoluto.

Una vez acabado el desayuno, ayudamos a Rosy a ordenarlo todo, excepto Alice, que, con su largo cabello moreno cubriéndole la cara, siempre consigue que se le escurra de las manos un vaso o un tazón y después ya no se mueve, y Rosy dice «no pasa nada, cariño» y Alice se cubre la cabeza con los brazos como si Rosy fuera a pegarle.

En el desayuno, Alice suele sentarse en las rodillas de Rosy y se chupa el pulgar y solo se ve eso, con su larga melena morena que le oculta la cara. No dice gran cosa y Simon dice que su mamá bebe mucho y que su papá también y que siempre le estaban pegando y que la ataban al radiador, y yo pienso que su papá debe de ser el asesino de las mujeres rubias, como en la tele.

Después vamos a lavarnos, y Rosy nos mira los dientes para ver si de verdad nos los hemos cepillado y a menudo Simon vuelve al cuarto de baño con Rosy porque deja correr el agua de la ducha sin meterse debajo. Le oímos gritar a Rosy, que lo enjabona de arriba abajo.

Luego volvemos a nuestros cuartos para repasar los deberes, y a veces Rosy asoma la cabeza para ver si hacemos batallas de almohadas o cosas así, en cuyo caso, más tarde «hacemos la barandilla».

Y después es hora de ir al colegio en el autocar que nos espera al pie de la escalinata. Rosy comprueba que no nos hayamos dejado la mochila y nos besa y nos estrecha contra su voluminoso pecho y nos confía a Pauline y bajamos

los peldaños y Gérard nos dice «buenos días» cuando subimos a su autocar.

Pauline nos cuenta con los dedos y se sienta al lado de Gérard, y con frecuencia lo mira, y a Gérard le trae sin cuidado: canta más fuerte que las casetes de Julien Clerc o de Henri Salvador, que se sabe de memoria.

**P**auline y Rosy no se quieren demasiado.

Hay que ver cómo la mira Rosy cuando Pauline fuma un cigarrillo con su boca pintada de rojo y sus bonitos zapatos de charol, bajo los cuales aplasta el cigarrillo cuando subimos todos al autocar.

Se diría que Rosy la desnuda con la mirada y Pauline da caladas a su cigarrillo y cruza las piernas desnudas y dice «hola, Rosy» y Rosy se hace la sorda.

Una vez, Simon se retrasó porque se dejaba la cartera y oyó a Rosy murmurar entre dientes (y a espaldas de Pauline) «sucía Zorrita», y desde entonces entre nosotros la llamamos «sucía Zorrita» y eso nos hace reír.

Me gusta mucho sentarme al fondo del autocar con Simon.

Ahmed, por su parte, siempre va detrás de Gérard, y nadie se sienta a su lado porque lloriquea con frecuencia.

También Jujube va solo, con su esparadrapo alrededor del dedo, y se lo enseña a Pauline y Pauline dice «¡oh, pupa mala!» y el gordo Jujube se siente muy contento de que se interesen por él y se come una galleta que se saca del bolsillo.

Alice se sienta en el medio, al lado de Béatrice, una ne-grita de gafas color rosa siempre con los dedos en la nariz, que luego se chupa.

Los hermanos Chafouin, Antoine y Boris, se sientan a dos filas de las chicas. Son inseparables y siempre tienen montones de cosas que contarse.

Simon dice que son huérfanos desde que sus padres murieron en un accidente de coche, y yo le pregunté «¿qué son los huérfanos?» y Simon me respondió «son niños que ya no tienen a nadie que los quiera» y yo dije que Rosy nos quería a todos y Simon replicó «no es lo mismo» y yo dije «sí que es lo mismo» y Simon me contestó «a veces eres un gilipollas» y le agarré del pelo y Simon gritó y Pauline nos separó y esa tarde hicimos la barandilla.

A veces, cuando Simon se duerme, escucho a los hermanos Chafouin jugar al «juego del diccionario».

Boris dice palabras raras: «anorexia», «hemorroides» o «epilepsia».

Y Antoine responde con: «raquitismo», «hipocondríaco» o «parapléjico».

Y yo no entiendo nada.

O bien Boris se pone unos cascos en las orejas y canta tan fuerte como Gérard, solo que no las mismas canciones, y Pauline se acerca para quitarle los cascos, que después le devuelve en el colegio, y Boris se pone de morros y dice «sucia Zorrita» y eso nos hace reír y a Boris también y ya no pone mala cara.

Y cuando los hermanos Chafouin no hablan entre ellos, hacen costura con gruesas hebras de colores que hincan en un caballo que salta una valla o en un ramo de rosas y eso me hace pensar en las flores silvestres que recojo para mamá cuando hago alguna trastada.